

Primera parte
Como ser un buen *Homo*
Sapiens

Presentación

Ya no hay tiempo para casi nada. Y menos para leer. Eso pensaba yo hasta que empecé a recibir bastantes correos de personas que leían los artículos que publico en *El Adelantado* y en *Diario La Rioja*. Rara es la semana que no me llegan más de cuarenta de distinta extensión: desde emoticones de apoyo a mails de varias líneas.

Decir que la edición en un volumen de algunos de esos artículos era un clamor sería mentir, pero la buena acogida me ha animado. De hecho, la primera parte se diseñó para publicarse luego en librito. Se quedó con tan pocas páginas que el editor me animó a incluir algunos más. Así lo hice.

He pretendido repasar de modo claro temas de conversación relativamente habituales, pero que nunca se acaban de cerrar. Tampoco aquí se hace, aunque me parece que se dibuja un panorama claro de cual es mi opinión en estos asuntos.

Un buen amigo me dijo que no republicara nada. He caído en la tentación a medias. Esto no cierra a la edición más pausada y elaborada de estos temas, especialmente por

el diálogo que han suscitado. No sé si la expresión de este deseo suena a amenaza o si mis amigos agradecerán una edición extendida dentro de unos años. Pero no quiero dejar esto para más tarde, porque la vida ya me dado algún que otro susto.

He disfrutado con la escritura de estos textos. Espero que los lectores tengan la misma satisfacción al hacerlos suyos o discutirlos.

1. Los seres humanos y el tiempo

Los tiempos que corren

Los ejemplares de *homo sapiens* que deambulamos por las praderas asfaltadas de occidente no podemos evitar ser de la especie que somos. Un ser humano, por mucho que se empeñe, no conseguirá nunca, mientras viva, dejar de ser humano. Tampoco otro ser humano podrá eliminar esa condición a otro y negar así que sea persona. En fin, los que nacimos humanos no podemos dejar de serlo hasta que morimos: se empeñe quien se empeñe.

Lo que sí está a nuestro alcance es aspirar a ser buenas personas. Al menos a intentarlo. Y hay que reconocer que este empeño tiene consecuencias positivas tanto para el interesado como para su entorno ecológico, donde al parecer nos han metido lo social los modernos profetas científicos de la catástrofe.

No puedo evitar ver el mundo como historiador. En un mundo como el actual en

el que el presentismo y las medidas rápidas parecen el único recurso de sensatez quiero aclarar primero que los seres humanos (quien quiera que se lo tome como la primera lección de este curso) vivimos en cuatro ritmos de tiempo muy distintos.

Primero, el interestelar que se contabiliza normalmente en millones de años luz (algo perfectamente inimaginable). En él, en realidad, no se mueve casi nada y lo más rápido en esa dimensión podría llegar, en teoría, a ser instantáneo: es decir sin tiempo. Un lío demasiado grande para andar con ello en la vida normal: quede para filósofos y físicos teóricos.

El segundo, es el tiempo geológico que se mide en millones de años (y se nos escapa a nuestra previsibilidad). Es el de las eras geológicas; el de los pleistocenos y miocenos, el de eras glaciares y los periodos interglaciares; el del primario, secundario, terciario y cuaternario... y sus diversas denominaciones modernas. Es el tiempo que nos ha caído encima a los humanos. No tenemos ningún control sobre él. Ni siquiera somos conscientes de vivir en él. Es como si constituyera nuestro contexto cronológico inconsciente.

Después está el tiempo histórico. Se mide en modestos y abarcables siglos para nuestra mente y para nuestro sentido personal de la cronología. Es verdad que se nos escapa un poco. También que intentamos simplificarlo a base de eliminar todo aquello que no cabe en nuestro discurso lógico para explicarlo. Pero con todas las limitaciones es un tiempo imaginable: en él hay antes y después (incluso "despueses"); unas cosas vienen detrás o delante de otras. Y aunque no siempre lo que viene después está causado por lo que pasó antes; siempre es cierta la proposición contraria: nada que pasó después pudo causar lo que ocurrió antes.

Por último está el tiempo que realmente vivimos. El tiempo biográfico. El que contamos en años y percibimos (cuando ya ha pasado) como se nos escapa entre los dedos de la vida. Tiene la ventaja de permitir paralelismos razonables con el tiempo histórico, especialmente con el cercano, del que nos sentimos una continuidad. Quizá eso haga que algunos colegas consideren la biografía como el género histórico primordial.

Pienso que el arraigo experiencial del tiempo propio (cuando hago esto a continuación suele suceder eso otro) nos abre la men-

te hacia la posibilidad de la historia. Y que la experiencia psicológica individual de nuestra racionalidad y de nuestra libertad (limitada sí, pero igualmente real) nos haga concebir la historia como un saber posible, efectivo y hasta práctico.

Efectivamente: porque somos libres no estamos determinados como especie. Nuestra única limitación es que necesariamente somos seres humanos. Ese es el límite efectivo de nuestra libertad. Y porque somos racionales podemos intentar explicar por qué hacemos lo que hacemos. El primer problema que debiéramos resolver, con o sin la ayuda de los historiadores, para ser buenos seres humanos (que así empecé esta columna), es aprender a movemos en los diversos rangos de tiempo y saber qué capacidad tenemos de actuar en cada una de esas cronologías. Plantearnos qué podemos hacer los humanos por influir en los acontecimientos interestelares, qué en los geológicos, qué en la historia (incluso en la próxima) y, sobre todo, cómo arreglar y mejorar nuestra vida de hoy. Y eso en próximas entregas.

Los tiempos que vivimos y los que nos viven

No es extraño que la nueva lideresa del cambio climático sea casi una niña. Eso la evita tener que explicar cómo los seres humanos de la vida corriente podemos influir de modo efectivo en los acontecimientos de las eras geológicas. Cómo explicar y demostrar de modo científico ese activismo es imposible, sus partidarios (y conste que me parece una opción honesta) han decidido adoptarlo como religión.

Lo mejor de las religiones son sus dogmas. Con algún que otro elemento razonable pueden construirse ficciones estupendas en muchos sentidos. El primero, porque como son sencillas de entender tranquilizan mucho a sus practicantes sea cual sea su cultura. El segundo, porque normalmente los dogmas son bastante buenos y desembocan casi siempre en consejos estupendos que facilitan una convivencia óptima llena de amabilidad y buen rollito.

Lo malo de las religiones son sus versiones fundamentalistas. Cuando dejan de presentarse como una opción libre y se empeñan en liberarnos a todos sin remisión y a la

fuerza y conducirnos a disfrutar del paraíso a golpe de vara y pedrada. Este problema es en realidad el empeño de los integristas por “integrar”, aunque sea a puñetazos, dos tiempos en uno: la eternidad y el presente. Es verdad que las modernas religiones han sustituido la eternidad (demasiado complicada de explicar) por versiones en las que no nos morimos (o tardaríamos tanto que nos gustaría hacerlo ya de una vez) y en las que no hay enfermedad, ni dolor, ni trabajo, ni maldad... es todo como un anuncio pasado por un suavizante detergente social.

Ese tiempo de limpieza extraordinaria de tierras, mar y aire es casi idéntico al cielo que pintaba El Bosco. Se olvida claro de esos pequeños detalles de la naturaleza que tanto bien nos hacen. Desde los más espectaculares, como terremotos, explosiones volcánicas, lluvias o nevadas casi infinitas, tormentas marítimas, tsunamis, inundaciones, etc. Hasta otros más modestos pero infinitamente más importantes: movimientos geológicos que secan mares, o levantan cordilleras, o separan continentes, o los crean, o los dejan hundirse suavemente...

Solo las religiones pueden convencernos de que la acción de los seres humanos puede

llevarnos a una eternidad feliz o, en sus versiones materialistas, a magníficos paraísos en la tierra.

El cambio climático, en realidad el intento de evitarlo, me parece un empeño propia y fundamentalmente religioso. Un esfuerzo intelectualmente inútil por convencernos que podemos influir en un orden de tiempo que se nos escapa, que conforma nuestro contexto. Lo clave aquí es que vivimos en el tiempo geológico, pero esa cronología no la percibimos como nuestra. Y la militancia sea del tipo que sea se desarrolla siempre en el tiempo biográfico (y si esto dura mucho puede que llegue al histórico).

Basta con ir a Roma y en sus alrededores te enseñan que el viejo puerto romano de Ostia Antica está ahora a unos cinco kilómetros de la antigua costa imperial. Uno de esos raros cruces entre los tiempos geológicos y los históricos. Siempre me he preguntado sobre la responsabilidad de las sucesivas generaciones de italianos que han vivido por allí en este desastre. Me parece que ninguna. Se han adaptado a ello: ahora es una de las playas de Roma y un magnífico museo al aire libre que muestra una ciudad de aquel entonces.